

# **maternidades**

---

## En el nombre de una madre

María Teresa Priego

**D**iego nació, con la ayuda de una partera de Costa de Marfil, en una maternidad de la Seguridad Social en París. El hospital se llama Beaudelocq y fue, a principios de siglo, el lugar donde parían las mujeres más pobres. Las prostitutas. Las madres solteras. Las abandonadas. Las marginadas. Las desvinculadas. Las asistidas. En las oficinas medio desvencijadas de Beaudelocq venden, hecha poster, la reproducción de una pintura in memoriam de su historia asistencial: una mujer completamente cubierta, menos su rostro, atraviesa el umbral. Sola. Inclinada hacia adelante, avergonzada. Ocultándose y abrazando un bultito tan recubierto de trapos como ella. La imagen de la maternidad culpable. El estigma y la tristeza infinita de esa madre sola. ¿A quién habrá amado esa mujer? ¿Lo amó? ¿En qué tono habrá pronunciado su nombre, en esa tarde de abandonos helados? ¿Dónde estaba ese hombre que no aparece en la imagen? La ausencia omnipresente. No hay nadie junto a ella. Nadie. Tan desprotegida y protegiendo. ¿Podrá? Tal vez. Sí. No. A como pueda y mientras pueda. No hay más que especulaciones inútiles ante la imagen de esa mujer desconocida. Parir allí o en cualquier otro lado da igual. Pero quizá no. No da igual. Si una se concentra en mirarla. Porque hipnotiza esa mujer. Espejo. De heridas. Espejo. De secretos inconfesables. Del silencio más absoluto. De la desesperanza. Espejo. Y quizá era a ella a quien había que ir a decirle justo allí, en Beaudelocq, que esta vez el anuncio de la maternidad fue una fiesta. Esta vez. Estalló en lágrimas lo que alguna vez fue silencio. Esta vez. Abrazarlo. Nombrarlo. Esta vez. Decírselo a ella. Una misma. Ella. Una. Que la vida llega, deseada y posible. Un hijo por nacer. Sin puñales que atraviesen la espera. Por eso fue, en Beaudelocq. Por el pasado. ¿El de quién? El nuestro. ¿Quiénes? Silencio. El nuestro.

Diego y yo comenzamos nuestra historia en Beaudelocq. Quedaba muy cerca de nuestra casa. Ésa fue la razón. Explicitada. Ella estaba tan triste con su bebé en los brazos. Caminaba. Sobre la nieve. Hacia algún

punto. Supongo. En marzo, cuando mi hijo y yo entramos a Beudelocq, también helaba por fuera. Esta vez. Nada más. Por fuera. Quería atravesar el umbral con mi bebé en los brazos. Y resarcirnos. Las dos. De cuanto hubiera por resarcir. Estallar el espacio de la supervivencia. Intermedio, ese espacio. Donde sentir pareciera que mata. Recomenzar. Con todo. Esta vez. Mi hijo. Diego. Por suerte. La vida. El amor. Por suerte. Diego mirándome, con los ojos abiertos. Así, como ahora. Vive. Igual. Como a veces me da miedo que viva. Mi adolescente. Con los ojos tan abiertos. “Ciérralos un poco, Diego”. Los ojos. A veces. Le murmuro sin que sepa. No es tan necesario entender. De más. A veces no. Diego tenía los ojos abiertos al nacer. Tal vez sea una virtud. No lo sé. Así sucedió. Con mi hijo. El de todos los sueños a ultranza, el de todos los deseos *a priori*. El primero. El de los ojos azul-verdes exportados a Moulin vert, desde los cenotes de Yucatán. Los ojos de su bisabuela. “Ten un hijo. Escribe mucho aunque sea malísimo, y hazte un oficio de leer, de leer futuros con las cartas”. El hijo que se parece a su padre y a mi hermano mayor. El incestuoso. El bienamado y temido hermano mayor. El hermano sol. En las noches de las más redondas lunas. Lo que encarnaba Diego. Lo que encarna. Tiemblo de pensarlo. “¿Tú me devorarías mamá?”, me preguntó a los cinco años. “Tú no me lo vas a permitir”, le respondí. Y no me caí de la cama, porque era muy amplia, y me contuvo una pared. ¿Será posible? Contenerse. Si somos honestas, sabemos. En la maternidad, nos da por delirar. Y allí vamos, colgadas a dos manos de un péndulo. Invocando a diestra y siniestra “el nombre del padre”, para no alienarnos al hijo, y convertirlo entonces —sin remedio— en el etéreo espíritu santo.

Mi nonato y yo llegamos a Beudelocq en plena efervescencia lacaniano-doltoniana, y tomamos todos los cursos en cartelera, los psicoprofilácticos con sus inhalaciones y sus exhalaciones, las yogas y los Tai shies leves y sus disciplinas asimiladas, tomamos ávidamente los brebajes, los consejos, los talismanes de cuanta “sabiduría ancestral femenina” nos rozó durante esos ocho meses. Desde la oferta institucional, hasta la de los pasillos y banquetas, esta última, siempre, insistentemente más poderosa, milenaria e informada. “¿Y ése qué va a saber el bata blanca? ¡Un hombre recibiendo bebés!”, me explicaba una mujer africana. “*Sait rien. Gros con. Sait rien*”. Ella cumplía sus citas, porque la seguridad social la obligaba a presentar prueba de sus exámenes mensuales, “debidamente sellados”, para recibir “los beneficios económicos de las alocaciones familiares”. “*Oueee!*” Decía yo bien hipócrita:

"*Gros con. Sait rien*", cuando la verdad es que hubiera deseado pasar mis madrugadas, mis atardeceres y mis noches, conectada a la maquinucha de ultrasonido, constatando hasta el más tenue suspiro de mi acuático milagro. De la mano tecnologizada del Occidente colonizador. Me conformaba con recostarme, estirarme lo más posible y mirar —fascinada— el bamboleo librepensador de mi vientre. "¿Te da miedo?", me preguntó alguna vez el padre de mi hijo, observando ese extraño fenómeno de agitaciones marítimas. "Sí", dije yo. "Su autonomía me da miedo". Y él escribía con un plumón de tinta negra. En nuestro vientre inmenso. Fragmentos de poemas. Deseos.

Diego-por-venir y yo nos abonamos en Beudelocq. Extasiados. Era una época —dorada— en la que todavía existíamos en plural. Nuestra primera entrada en esa inmensa sala de espera fue el segundo de shock multiétnico, multirracial, multicultural y multilingüístico más intenso de nuestras vidas. Un desclasadero. Además. Allí entendí, en los hechos, lo que significaba la palabra "*carrefour*". Beudelocq es una gran fábrica de bebés. El laboratorio mismo del *melting pot*. Y yo no pude resistir al deseo de parir allí. Obnubilada. Por el alto contraste entre esa torre de babel y las monjitas de mi infancia y adolescencia. Monolingües. Monotemáticas. Monoteístas. Monótonas. A muerte lenta. El uniforme y la uniformidad. El cuellito blanco almidonado, la naftalina y "las familias". Esa entrañable y detestada porción de sureste mexicano —en la antepenúltima curva del golfo— ante cuyas costas, cuentan, hasta los piratas dudaban en acercarse. Huían del calor. Los piratas. Dicen. De los mosquitos y, quizá, un poco de nosotros. Los habitantes recónditos. Los aislados de los pantanos. Y eso me daba ilusión a mí, ofrecerle a mi hijo, un *carrefour*. Para que nunca se le pudiera ocurrir que la vida entera cabe entre un brazo del Grijalva y una esquina de la Ciudad deportiva. Para que nadie pudiera convencerlo nunca de que dos cuadras más allá de la parroquia, se yerguen las columnas del *Non Plus Ultra*. Eso quería para Diego. Obsesivamente. Lo que a mí me parecía que era —desde mis carencias— ofrecerle la oportunidad de soñar, respirar, vivir, leer a campo abierto. El *melting pot*, que o te convierte en un esquema ambulante o te revienta los esquemas. Yo estaba herida, de repetición y de uniformidad. ¿Me habré querido sanar en él, en su nacimiento bicultural? Tal vez Diego hubiera preferido los manglares, la marimba, los zaraguatos y el mar. Ya no tendremos manera de saberlo. Es difícil deslindar. Cuando una dice frases solemnes como: "quiero lo mejor para mi hijo", en el fondo, quizá

lo que está sintiendo sin saberlo es: “desearía curar en su bilingüismo, trilingüismo, poliglotismo futuro, lo que fue mi monolingüismo prolongado”. O similar. En versiones variadísimas, con todos los temas. En lo que concierne a la tentación de lamernos las heridas a través de nuestros hijos, nuestros recursos maternos inconscientes pueden ser infinitos.

Aterrizamos en Beaudelocq, esta vez, convocados por “*the real thing*”, el once de marzo a las once de la noche. A las seis de la mañana, armé una escandalera. No tan discreta, solicitando que se diera de baja mi registro, porque yo en ese mismísimo instante pasaba a mejor vida, por las calles adoquinadas y libres de mi barrio. “Han sido todos ustedes muy gentiles, comprensivos y encantadores, pero la mera verdad, recién descubro que a mí los dolores del parto no se me dan. Me despi-do, compañeros. Humildemente. Parir es asunto de mujeres valientes. Reconozco mis limitaciones vergonzantes. Ciao”. Algo así. En la más absoluta ingenuidad, porque, hasta ese momento jamás en mi vida me había dolido nada en el cuerpo. Porque nada, nunca hasta entonces, había sido “inexorable”. No conscientemente. Las enfermeras apagaron la luz. Me miraron como si ejercieran no en una maternidad multitudinaria, sino en un psiquiátrico, cerraron la puerta y desaparecieron. Con el gesto implacable de las diez horas cotidianas de oficio ingrato. Y mal pagado. Silencio. Durante meses esperé a mi hijo, trabajé su llegada con ejercicios y con palabras, y de pronto no entendía, no me reconocía más en mi cuerpo estallado. Me quedé catatónica ante una única certeza: si me iba o si me quedaba, mi hijo iba a nacer. O sucedía en una digna sala de partos de la seguridad social, orgullo de la República desfalcada, o en una banquita roja de café en Saint Germain. Me sacudió la palabra “inexorable”. Me hubiera gustado tener un diccionario para buscar la entera lista de sinónimos. Es fascinante. “Mi cuerpo sabe”, me dije. “Yo no sé tener un hijo, pero mi cuerpo sí”. “Y de todas maneras”, me confesé vencida, “ya no hay manera de retenerlo. De guardarlo”.

Al mediodía. Los médicos circulaban en los alrededores de una decena de estoicas parturientas, “por si se ofrecía”. A nosotras no se nos “ofreció”. Por suerte. A última hora, eso sí, las ilusas candidatas al “parto sin dolor” solicitábamos nuestra dosis de peridural, para mitigar la travesía de una cabecita, en mi peliagudo caso, de herencia yucateca. A la muchacha tailandesa del saloncito de al lado la abandonó el misticismo y lloraba muchísimo. No entendió que para obtener la peridural en la hora pico, había que llegar con un papelito sellado bajo el brazo.

El examen previo. Yo la escuchaba en silencio. Mis gritos sofocados se sumaban a los suyos. Animales sus gritos. Me aliviaban. Sus gritos. Ella se expresaba por las dos. Yo estaba concentrada en respirar. "Mi cuerpo sabe". "Mi cuerpo me guía". "Mi cuerpo entiende lo que yo no sé". Bioenergética y macrobiótica. Colgada del amor. Ésa es la verdad. La partera de Costa de Marfil, bien mulata —cual debe— y bien cachoncha —cual debe— y llena de decenas de minúsculas trencitas, y yo, la sudorosa y ejemplar parturienta, tuvimos juntitas, ante los ojos atónitos del padre de mi hijo, nuestros gloriosos segundos de omnipotencia femenina. El bebé nació. El padre, como corresponde, realizó el acto deseable, necesario e imperdonable, de cortar el cordón. "Qué valientes y extrañas son ustedes las mujeres" dijo él, después, ya con nuestro hijo en los brazos. Yo puse cara de mundana y de acostumbrada. Qué sé yo, onda madame Recamier. Declamando enfática desde su chaise longue. En el fondo pensaba lo mismo: "qué extrañas somos nosotras las mujeres". Y nuestros hijos nadando hasta la superficie. Qué extraños somos, naciendo. Acompañando a nacer.

A partir de las once de la noche del día anterior, cuando se rompió la bolsa de agua donde flotaba mi hijo y yo comencé a caminar por los pasillos del hospital avergonzada de un escurridero ligero, que a mí me parecía el desbordamiento mismo del Usumacinta y del Grijalva, yo ya no supe más quien era. Una intuye en esos momentos que no es cosa de reconocerse en las repasadas referencias de una vida. Las reglas son distintas. La racionalidad es una monserga. Innecesaria. ¡Venga! La animalidad, también: "*ca parle*". La animalidad conoce sus reglas. Dejarse ir. A ella. Como en los momentos más impronunciables de la sensualidad. Con sus diferencias, claro está. Ambas son: "las experiencias surrealistas por excelencia". Pero en la sensualidad, el otro es un adulto capaz de sobrevivirse y sobrevivirte. De defenderse. Y entonces puedes decirte despreocupada: "ésa no soy yo, sino ella". Los primeros diez segundos de mi maternidad me revelaron que la pasión animal había llegado para quedarse, como inquilina de renta congelada. Mi hijo pegado a mí. Con esa pasión compleja. Luminosa y oscura. Explicitada e innombrable. "Se desbordarán los ríos, las lagunas, los torrentes y los mares". A partir del doce de marzo de 1988, ambos teníamos un problemón a negociar de por vida: yo tenía un Hijo. Un primogénito Varón. La tan tentadora otredad. Y mi hijo tenía una madre.

En Francia, las batas que se utilizan para entrar a la sala de partos se anudan por delante. Toda una referencia cultural. Si una bata se anu-

da por delante significa que el primer contacto piel a piel del bebé con la madre está previsto. Cuando Diego lloró, la partera recostó a mi hijo boca abajo sobre mi pecho desnudo. Nos identificamos en un abrazo, después de haber sido arrancados el uno al otro. Arrancados. Así de excesivo es el amor materno. Mi hijo ensangrentado, sobre mi pecho. Nos miramos. He escuchado a los especialistas afirmar que un niño recién nacido no puede distinguir un rostro. Están rotundamente equivocados, de ese primer intercambio, real o imaginario, sólo las mamás sabemos. Nosotras y nuestro hijo. En el segundo más animal de nuestra historia en común, Diego y yo sellamos un pacto a vida. Sucede en segundos, entre sollozos y monosílabos. Hasta que su padre se inclinó sobre nosotros, tomó a su hijo en sus brazos y lo llamó por su nombre. Hasta que su padre intervino y nos separó.

No fue más que el principio. De la separación. Renovada. Inevitable. Hoy Diego tiene dieciséis años y una novia. Hoy Diego tiene la voz ronca, los brazos y las piernas peludos. Es una fortaleza de secretos inexpugnables. "Así es la vida", me digo filosófica, y estoy mintiéndome. Y recuerdo con una inmensa nostalgia la primera vez que lo acompañé al kinder y la maestra lo arrastró hacia adentro. Una semana antes, Diego y yo vimos fotos de la vida intrauterina en un libro de la editorial Selecciones, él preguntaba de todo. Ese aciago día que les cuento, la maestra lo jalaba por un brazo intentando convencerlo de los beneficios civilizatorios de la escolaridad. Quiero decir: intentaba convencernos de los beneficios civilizatorios de la escolaridad, y mientras lo arrastraba hacia adentro de ese sagrado recinto de la lectura, las matemáticas y la educación cívica, Diego aullaba a todo pulmón la descarnada realidad de nuestra simbiótica vida de buenos salvajes: "¡No! ¡Diego y mami cordón bilical. Bilical. Bilical". "Me voy el fin de semana a X", dice hoy Diego. "Qué bonito", digo yo. "¡Bilical. Bilical!" "Me voy un mes a Francia con mi papá", dice Diego. Y yo suspiro. "Qué divertido, Diego" y en el fondo de mí, quizá de lo peor de mí, una salvaja que aún no ha entendido nada repite: "Diego y mami. Cordón bilical. Bilical". Diego sube las escaleras y se encierra en su cuarto. Diego se va.

A los tres días del nacimiento de Diego, apareció un representante del registro civil, en el cuarto de hospital. Cruel e intempestivamente. En fin, así me pareció. No lo llamé. No lo esperaba. Mi hijo y yo estábamos entregados a esa deliciosa animalidad que les platico. Nuestra vida eran los abrazos, los masajes, los arrumacos, la leche que él necesitaba

y que su madre atónita producía, como si todo estuviera previsto. Tan “natural” y tan inimaginable, que un bebé tenga hambre y el cuerpo de su madre lo sepa. Allí estábamos, pues, como personajes del Libro de la selva, cuando atravesó el umbral este buen hombre, con el peso, ni más ni menos que de la ley bajo el brazo. Me dijo que teníamos que registrar a mi hijo. “Pues todavía no”, le dije yo. Empanterada. “¿Y por qué no?” me preguntó. “Porque todavía no es tiempo”, dije yo. “¿Y cómo cuándo sería tiempo, madame? Porque los niños nacidos entre tal y tal se registran hoy”. Y me explicó las obligaciones y los horarios de los registros en los hospitales y las alcaldías. Y yo lo miraba asesina. Segurito. No era ese “el tiempo” del que yo hablaba. Deseaba que continuáramos solos mi hijo, su padre y yo. Solos los tres. El exterior se infiltraba. La “sociedad”, la “cultura”, la “ley”. Los “otros” irrumpían en nuestra intimidad con la llegada de ese señor. Ajeno.

Tuvimos que registrar a mi hijo. El señor rimbombante engoló la voz y llamó “ciudadano” a mi bebé. Su madre se largó a llorar. Tan poco tiempo antes todavía estaba en mi vientre. Flotando adentro de mí, y de golpe y porrazo ya hasta era un ciudadano. Nos arrancábamos uno del otro por segunda vez en un lapso brevísimo, ante ese acto simbólico del registro. Mi hijo ya existía fuera de mí. Con sus nombres y apellidos asentados en un acta. Mi hijo ya era él. ¡Bilicaaaaa! El señor rimbombante me dio palmaditas rete conmovido y me explicó lo bien que entendía las emociones de una madre extranjera ante su hijo recibiendo “La tan anhelada nacionalidad francesa”. “Ah”, dije yo sobrepasada por la evidencia de evidencias: ese señor nunca había parido. Me quedaba claro. Como si ese momento pudiera tener que ver con una nacionalidad concreta. Mi hijo ya habitaba el mundo, y no mi vientre. Separados.

Amar y separarse. Proteger, cuidar y aprender a separarse. Por ahí va. Esa complejidad del amor materno. Aprender que un hijo nace a su vida. A la suya. Aprender que una madre tiene que acotar sus pasiones. Cuidarse de sus propios excesos. Limitarse. Continuamente. No creerse que ella “lo ha dado todo” (como si ese “todo” pudiera existir) porque entonces corre el riesgo de exigirlo “todo”. No sentirse la “dadora de vida”, como si el hijo no fuera producto del encuentro de un hombre y una mujer. Siempre. Doble filiación que limita su “deuda” de vida con la madre. Por suerte. No creernos que estamos “dedicándoles los mejores años de nuestras vidas” en esos tonos sacrificiales, cuando lo que estamos haciendo es compartiendo sus vidas y las nuestras. Acompañándolos a

crecer, mientras cada una, por nuestro lado intentamos continuar creciendo. No creernos que una madre puede dejar de ser la mujer que es.

Cada vez que recuerdo mis embarazos, mi animalidad evidente, el nacimiento de mis hijos, mis desquiciadas pasiones, mis oscuras sensaciones ante ellos de “posesión” y “desposeimiento”, me pregunto: ¿cómo se logra ese tránsito de la simbiosis que caracteriza la relación de la madre y el hijo hacia la libertad deseada? De la fusión a la autonomía. ¿Cómo le hago para amar a mis hijos sin cobrárselos? ¿Para educarlos sin chantajes? ¿Para acompañarlos en sus vidas, sin colgarme de sus vidas? ¿Para sostener sus talentos sin apropiármelos? ¿Para sostenerlos en su aprendizaje del amor, sin intentar —¿inconscientemente?— colocarme en el centro? ¿Cómo le hago cuando me entran mis arranques de monumento ambulante a La Madre? ¿Cómo le hacemos las madres de la realidad? Humanas, demasiado humanas. ¿Cómo le hacemos, si sumados a nuestros excesos, nos persiguen los poemitas “A la Madre” del Declamador sin maestro. Los ideales maternos; paradisiacos y fusionales y sus consignas. Sublimes. “Sacrificio” y “entrega”. “Abnegación”. Como si tanta grandilocuencia emocional a un hijo le pudiera salir gratis. Y los ideales ¿salidos de dónde? ¿Del tan intenso miedo de los seres humanos a la soledad? Quizá. ¿Al vacío? ¿A la imposibilidad de la completud? Necesitamos, tal vez, tan desesperadamente, tal vez, imaginar que alguna vez el amor absoluto fue posible. Cuando fuimos hijas. En el origen. Y que puede volver a ser posible, cuando fuimos madres. En el origen del hijo. Y los ideales, merengosos y siniestros, los terminamos cargando como lápidas, los hijos y las madres. Los hijos deudores de la “inmensidad materna”, las madres desbrujuladas ante las dimensiones de nuestra supuesta magnificencia. “¿Y la ‘magnificencia’? usted disculpe, ¿por dónde queda?”. “¿En qué limbo se llena la solicitud de registro?” “¿Y la asexualidad es requisito?” “La mía sí, ya entendí. ¿Y la del hijo?”

Como la pasión está, hasta nos confundimos. Hasta nos podría dar por sentirnos iluminadas. Investidas de maternismo. Porque se siente bonito creer que una sabe. Da tranquilidad. Ser una madre inspirada. Pero entonces, llega el hijo de la realidad, que no el coprotagonista de la película, y te asesta su autonomía a quemarropa y a quema neuronas y a quema tripas. Y Yocasta se despeña, “¡Mi reino no es de este mundo!”, hasta la ignominia. La pobre. Yocasta. Convertida ella misma en calabaza. Ya nos tendríamos que hacer un poemita a nosotras mismas,

las madres de carne y hueso. Las de a de veras. Para declamarlo en el monumento. Las que tantas veces no sabemos qué hacer, las que amamos improvisando. Las que nos resbalamos horrible. Las que dañamos sin darnos cuenta, las que no somos madres “puras”, ni “abnegadas”, ni “santas”, las que no heredamos ninguna incuestionable sabiduría de la maternidad. Las que nos sentimos tan vulnerables ante las necesidades de nuestros hijos. Las que nos construimos junto a ellos, intentando escucharlos. Humildes y cotidianas. Así de cuchas y de inseguras. Las que cuando llega la noche quisiéramos contar una historia. De amor. Tan border. Ese amor.

“Ésta es la historia de una mujer que es mamá, y que quisiera hacerlo bien, y demasiadas veces no sabe cómo; ésta es la historia de una mujer que es mamá y que quisiera acompañar hijos libres, capaces de ser felices. Ésta es la historia de una mujer que es mamá y que quisiera enseñarles a sus hijos a soportar y entender la frustración y el dolor. Ésta es la historia de una mujer que es mamá y que quisiera ser capaz de enseñarles a sus hijos a amar”.